

## EL SUEÑO DE LA HUMANIDAD ENTERA REUNIFICADA EN UNA SOLA FAMILIA (III)

### PARA ENTENDER A PABLO DE TARSO

El punto de inflexión en la espiritualidad de Pablo estuvo en la “experiencia” de una relación nueva con Dios. La mediación absoluta de la Ley, característica del fariseísmo, dependía de la concepción de un Dios señor todopoderoso, que hacía de la Ley la expresión de su señorío y dominio sobre el ser humano, y, por consiguiente, de la obediencia, la base de toda espiritualidad. A través de las comunidades a las que persigue, que hacen de la *fraternidad* el santo y seña de su identidad, Pablo descubre a Jesús como el prototipo de Hijo de Dios, que se expresa en su forma de vivir y de morir: misericordia y reconciliación. La base de toda espiritualidad es ser hijos en el Hijo y como el hijo participando de su Espíritu que es el del Padre, el que clama en nuestros corazones, ¡*Abbá*, oh Padre!

El texto de Ga 4,4-7 y Rm 8,15-17, sintetiza lo que Pablo entiende por Buena noticia: el núcleo de su profesión de fe y de su anuncio.

Para entender mejor a Pablo y predisponernos a sintonizar mejor con esa nueva experiencia suya, vamos a recurrir a Lucas, compañero de viaje y misión de Pablo e interprete de su recorrido espiritual.

La parábola de las “entrañas del Padre” (mal llamada del “hijo pródigo”), Lc 15, 11-32, puede ayudarnos. Pertenece al material propio de Lucas y no aparece en los demás sinópticos:

Y añadió (a las parábolas de la oveja y moneda perdidas):

Un hombre tenía dos hijos; el menor le dijo a su padre:

—Padre dame la parte de la fortuna que me toca.

El padre les repartió los bienes. A los pocos días, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se lo había gastado todo, vino un hambre terrible en aquella tierra, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y buscó amparo en uno de los ciudadanos de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarobas que comían los cerdos, pues nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo:

—Cuántos jornaleros de pi padre tienen pan de sobra, mientras yo aquí me muero de hambre. Voy a volver y le voy a decir: «Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros».

Entonces se puso en camino para casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se le conmovieron las entrañas; salió corriendo, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El hijo empezó a decir:

—Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Pero el padre dijo a sus esclavos:

—Saquen enseguida el mejor traje y vístanlo; pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; traigan el ternero cebado, mátenlo y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y se le ha encontrado.

Y empezaron el banquete. El hijo mayor estaba en el campo. A la vuelta, cerca ya de la casa, oyó la música y el baile; llamó a uno de los mozos y le preguntó qué pasaba. Éste le contestó:

—Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar el ternero cebado por haber recobrado a su hijo sano y salvo.

Él se indignó y se negaba a entrar; su padre salió e intentó persuadirlo, pero él replicó a su padre:

—A mí, en tantos años sirviéndote como un esclavo sin saltarme nunca un mandato tuyo, jamás me has dado un cabrito para hacer fiesta con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con prostitutas, matas para él el ternero cebado.

El padre le respondió:

—Hijo, ¡si tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo! Además, había que hacer fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a vivir, andaba perdido y se le ha encontrado.

1. La figura central es el padre. Lucas traza el perfil de su figura paterna: a) respeta la libertad del hijo menor en cuanto al patrimonio familiar; b) es él quien ve llegar al hijo desde lejos y se le “conmueve las entrañas” (el término lo usa solo aquí y en la parábola del samaritano), son el motor interior que desencadena las demás acciones (atípicas en la “compostura” normal del señor de la casa): salir corriendo, echársele a cuello y ponerse a besarlo; c) repone al hijo en su condición de tal: vestido y atuendo; d) hace participar a toda la familia de su alegría con una comida-fiesta extraordinaria.

En resumen: el padre no reacciona respondiendo a un cálculo de reparación (tanto por cuanto), solo responde al impulso de su corazón (entrañas) y a la alegría de la recuperación de una presencia y relación, la de su *hijo* “perdido”, actitudes todas que no se miden por cálculo alguno porque se inscriben en el ámbito profundo de los afectos.

2. La figura del hijo mayor: a) en contraste con su padre, no se le “conmueven las entrañas”, sino que reacciona con resentimiento y enojo, hacia su padre y hacia su hermano, al que se niega a reconocer como tal (“ese hijo tuyo”); b) entiende como relación ejemplar con su padre, la suya: “sumisión” sin faltar a ninguno de sus mandatos (servir “como un esclavo” gr. *douléuô*); c) la relación con su padre se rige también por el principio de cálculo (“quid pro quo”); d) su conducta es digna de “premio” (mérito y retribución correspondiente) y ve en la reacción de su padre con respecto a su hermano, un agravio comparativo que le echa en cara.

3. En realidad la figura del hijo “prodigo”, sirve para contraponer las dos actitudes: la del padre y la del hijo mayor. Por eso la parábola concluye su enseñanza:

a) “¡Hijo!” (¡no esclavo! como se empeña en definirse el hijo mayor); b) “tú estás siempre *conmigo*” (¡no solo en mi casa y con mis bienes!); c) “*todo lo mío es tuyo*” (no es una retribución, es algo que *ya tienes* porque eres mi hijo); “había que hacer fiesta y alegrarse, porque *ese hermano tuyo* (es la réplica al *ese hijo tuyo*, despectivo, que encerraba una ruptura con su hermano al mismo tiempo que un reproche a su padre) estaba muerto y ha vuelto a vivir, andaba perdido y se le ha encontrado”.

Todas estas valoraciones no se pueden hacer si no brotan de las “entrañas”, en otros términos, del Espíritu.

Volvamos a Pablo:

Pero cuando se cumplió el plazo envió Dios a su hijo, nacido de mujer, sometido a la Ley, para rescatar a los que estaban sometidos a la Ley, para que recibiéramos la condición de hijos. Y la prueba de que ustedes son hijos es que Dios les envió a su interior el Espíritu de su hijo, que grita: ¡Abbá! ¡Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo, y, si eres hijo eres también heredero por obra de Dios (Ga 4,4-6).